

LA POLÍTICA DEL AMOR

discurso por los 5 años de Coherencia



La Política del amor

Discurso por el 5to aniversario de Coherencia

Elohim Monard Rivas, Director General de Gobierno Coherente

Para hablar de la política del amor, primero tengo que decirles qué cosa no es política del amor.

Las relaciones de poder entre las parejas, por ejemplo. Esos momentos cotidianos en que tomamos las decisiones que nos incumben a dos esposos o enamorados. Cuando ella dice vámonos de la fiesta y él le responde un ratito más y ella le devuelve un silencio y él una mueca de vamos ya. Entonces se evidencian los poderes fácticos, se sugieren los autoritarismos y la cosa tiende a ser menos participativa. A ese proceso podemos llamarle política en el amor.

Otra cosa es cuando las relaciones de pareja se entrometen en el terreno de las decisiones públicas. Basta citar el libro *Mujeres de Dictadores*: "Una noche de junio de 1973 en Santiago, cuando el general Augusto Pinochet resolvía irse a dormir, su esposa Lucía Hiriart se le acercó, lo tomó de la mano y conduciéndolo hasta el dormitorio de los niños le dijo: Ahí están sus hijos. Ellos caerán bajo la tiranía comunista por su culpa, porque usted no se atreve a actuar. Pinochet la miró, inquieto y replicó: Me sorprende, señora, que después de tantos años casados usted ahora dude de su marido. Hay que tener mucha fe, porque las cosas se van a arreglar". Dos meses después, Pinochet tomó La Moneda. A este suceso, lo llamaremos el amor en la política. Aunque confío que de Coherencia nacerán anécdotas más provechosas para la Democracia de América Latina.

El filósofo Edgar Morin ha escrito que en nuestros días "la naturaleza humana y la naturaleza de la sociedad entran en la problemática de la política: vivir, nacer y morir ya están instalados en este campo (...) Consecuentemente la política debe vérselas con la multidimensionalidad de los problemas humanos".

Pienso con Morin en la esperanza de vida, la nutrición infantil, la canasta básica, los logros educativos, la píldora del día siguiente, la diversidad en el matrimonio,

inclusive en la genética regenerativa o la eutanasia. Todos representan discusiones en el campo de las políticas públicas que están vinculadas a las dimensiones más íntimas y trascendentales de la persona: la supervivencia, la alimentación, la maternidad, los ideales, el enamoramiento, la muerte.

Para hacer más amplia la figura, pensemos que estos asuntos, a su vez, están conectados con las crisis planetarias: demografía, naturaleza, clima, recursos. Ante esta situación, concluye Morin, “la política se ve llevada a asumir el destino y el devenir del hombre tanto como del planeta”.

La respuesta que ensayo con ustedes esta noche, a propósito de las palabras Morin, es una política del amor. Propongo que esta piedra angular -el amor-, más sensorial que racional, puede articular las respuestas técnicas que parecen minúsculas en comparación a la complejidad de los problemas de los seres humanos que la política actual pretende resolver. Ambos deben correr en paralelo, de forma complementaria, la excelencia profesional para la solución de los problemas, con las condiciones suficientes para que los peruanos nos encontremos con nosotros mismos y con nuestro prójimo. Coherencia tiene todo el potencial para reflexionar, articular y liderar una política de este tipo, a partir de la integridad con la que nos estamos formando sus miembros.

Con esto no quiero decir que las políticas tengan que inmiscuirse en las relaciones personales. Sí me refiero a que creemos las condiciones para que la gente viva y conviva. ¿Se imaginan un país donde el terreno es fértil para que la gente se enamore y sea feliz, en lugar de este en donde el 60% de las mujeres que son asesinadas lo hacen manos de sus esposos o familiares?

Quiero profundizar mis ideas con una anécdota muy personal. Cuando abandoné Coherencia para irme de aventura a Pucallpa por un año y medio, en el 2007, incursionando en mis negocios fallidos de comidas y bebidas, caí en una situación muy difícil con mi familia. Mi papá, un hombre bastante mayor, no hacía suyos los ideales que yo propuse para el pequeño restaurante familiar que gestionaba: expansión y crecimiento. Mi mamá, genial en la cocina como empírica en la administración, tenía unas maneras muy distintas a las mías de relacionarse con el negocio. Los malos entendidos y las discusiones fueron haciéndose cada vez más intensas. Hasta que un día, con lágrimas en los ojos, tuve que poner en la balanza mi sueño del negocio propio y mi familia.

En medio de esa crisis me pregunté, evocando a Coherencia: ¿cómo podría yo gobernar el Perú en el futuro si no puedo gobernar siquiera las relaciones con mi familia? Y entendí que mi prioridad era mi relación afectiva con mis padres y hermanos, para dejar de estar solo. Además, ese amor era lo único que desarrollaría en mí verdaderas capacidades de gestión humana, que es en lo que se circunscribe la política finalmente. Y empecé a suponer que muchas más personas, peruanos, ciudadanos, como los quieran llamar, pretenden lo mismo: una familia a quien querer, un Perú en donde encontrarse. Pero ni tienen las sensibilidades y herramientas entenderse a sí mismos, entonces menos para desenvolverse con el otro, y tampoco lo facilita el ecosistema institucional impredecible, anárquico y a veces hostil de nuestro país.

Nosotros que estamos aquí tenemos suerte. Porque a pesar que ninguna familia es perfecta, tenemos la oportunidad de llevarnos Coherencia a nuestra casa. En otras palabras, de llevarnos una familia a otra. A pesar que nos quita tiempo con el novio o la novia y nos enloquece con tareas de madrugada y nos llena la bandeja de correo en ocasiones indiscriminadamente y nos frustra y nos ilusiona y nos cansa y nos esperanza, lo que no podemos negar es que los que quedamos aquí vamos aprendiendo, poco a poco, a ser mejores personas. Por eso me di cuenta, en pleno abandono en Pucallpa, que Coherencia me ayudó a estar mejor con mi familia. Como dice el filósofo y matemático de AVINA, Bernardo Toro, las organizaciones te cuidan y autorregulan. Lo que quiero decirles es que gracias a Coherencia me he descubierto y, por lo tanto, puedo encontrarme en el mundo con amor.

Entonces, la política del amor es ese encuentro con uno mismo para poder entremezclarse con su comunidad: no solo vivir, sino convivir. Las políticas públicas que se desprenden de este pensamiento son las de la familia, la educación, la comunicación, o más precisamente la cultura de paz, el espacio público, la responsabilidad social, entre muchas otras. Condiciones mínimas son la confianza y el respeto. El amor se sumerge en una palabra: compartir: valores, sociedad, ciudad.

Para los que dudan de mis referencias al amor en este momento, les pido que tampoco confundamos amor con esoterismo. Basta con recordarles que si algo tenemos en común todos en esta sala, en que en uno u otro momento hemos

celebrado o hemos sufrido por culpa del amor. Entonces, ¿si es tan común y tan recurrente en las nuestras historias personales, y más aún en la narración de nuestra idea de felicidad, por qué negarle espacio en las dimensiones del bienestar?

Ahora es cuando necesito citar a Octavio Paz: “Si nuestro mundo ha de cobrar la salud, la cura debe ser dual, la regeneración política incluye la resurrección del amor. Ambos, política y amor, dependen del renacimiento de la noción que ha sido eje de nuestra civilización: la persona.” En mi opinión, siguiendo a Paz, además de los problemas de la supervivencia, una sociedad necesita una política que combine cuerpo y alma, razón y emoción, extensión e intensidad. Una política más allá del hoy y ahora. Una política de la trascendencia.

Ya hemos dicho en Coherencia que el fin último de las políticas públicas es la persona. La política del amor requiere identificar soluciones muy difíciles para que correspondan a los problemas más inexplicables de la Tierra: los seres humanos. Ante esta complejidad, la creatividad es el medio más importante para enfrentar esta responsabilidad política. Para mí, en casi todos los casos, el fin no justifica los medios porque los medios siempre configuran los fines. La creatividad deberá configurar, con nuestros valores más arraigados, cada uno de nuestros ideales. Acompañada siempre de una rigurosidad científica y una excelencia en las decisiones. La arbitrariedad no es amiga de lo público, como el amor es enemigo de la imposición.

Nosotros somos un medio y somos un fin. Y no hablo solamente de grandes políticas públicas o programas de gobierno que seguro implementaremos pronto. Las soluciones que debemos encontrar para esta, nuestra nueva forma de hacer política, se enmarcan en nuestras casas, nuestro centro de trabajo, nuestras gestiones y trámites, y hasta nuestros tiempos de ocio. Así, ladrillo por ladrillo, se (re)construye un país. Siempre deberemos encontrar nuevas alternativas para ser coherentes con nosotros mismos, en nuestros espacios más personales, aunque nos encontremos en dilemas muy contradictorios. Sin la creatividad del día a día para poner en práctica nuestros valores, el proyecto político se irá agrietando.

Recuerdo tenazmente a Octavio Paz: “hay una relación íntima y causal entre amor y libertad”, nos dice. Es cierto, porque la libertad es finalmente la

posibilidad de elegir qué quiero hacer con mi vida y cómo quiero llegar allí, pero considerando que hay otros que me rodean que también quieren ser libres y, por lo tanto, mi libertad debe ser lo suficientemente responsable para no restringir la de ellos. Me pregunto, ¿mi libertad puede incluso facilitar la libertad de los demás, sin limitar la mía, más bien potenciarla? Entonces aparece la solidaridad como una alternativa saludable, que fecunda pedagogía y creatividad, siempre que sea asumida como un compromiso. Nuevamente: libertad para ser solidario; responsabilidad de estar comprometido. Libertad y responsabilidad deberían ser entonces indivisibles, como espacio y tiempo. Solidaridad y compromiso, por consecuencia, una política que comparte, que da y recibe, una política del amor. ¿No es acaso este el espíritu de nuestro proyecto Responsabilidad Social Joven?

Coincidentemente, los coherentes estamos enamorados del Perú. Es querer conocerlo en sus fibras más íntimas, tenerle paciencia y a veces impaciencia, una eventual abnegación o arranques de egoísmo, una actitud de entrega y protección, pero abierta y expedita. Es construir juntos el cambio, las transformaciones, por consiguiente nuestro propio futuro. Aprender a dar incondicionalmente y a recibir siempre con sorpresa. Eso es a lo que llamo a compartir. Pero debido a nuestra condición humana, nuestro amor a veces duda. E incluso uno llega a irse, hasta huye, solo para confirmar que es con Perú con quien quiere y debe estar. La marea que nos lleva luego nos trae a la misma orilla. Porque aquí nacimos, crecimos, aprendimos a hablar y a conectarnos con el mundo. Eso hace del Perú una suerte inevitable, un azar incontrolable. Pero para todos nosotros, para Coherencia, es también una elección política, deliberada y fidedigna. Es el destino del que somos conscientes sumado a una voluntad apasionada, la única fórmula con la que cuentan los seres humanos para transformar la realidad. La única fórmula con la que cuentan los hombres y las mujeres para enamorarse.

Pero no se equivoquen. La responsabilidad política es superior a la de cualquier otra, sobre todo en un país donde el eslabón más deteriorado para el desarrollo es el Estado. Más aún si se pretende del Perú una morada holística para el ser humano, como la que he propuesto en estas líneas. Tenemos que ser conscientes que el paso de ser un ciudadano pleno a un político a tiempo completo está en poner en nuestras manos la coordinación, gestión, equilibrio y propuesta de los intereses públicos, de lo más diversos. La formación en ciudadanía, generación

de conocimiento, articulación de actores e incidencia política que conlleven a un movimiento que transforme positivamente el país, son líneas que traen consigo un compromiso y una integridad a prueba de balas. Por eso les pido que reflexionen acerca de su papel en esta construcción colectiva y, de no sentir la convicción necesaria, den un paso al costado pues mantendrán el cariño y respeto de todos nosotros.

Estas líneas son fruto de estos cinco años. En ellas hay ideas y conversaciones con muchos de ustedes, lo que les agradezco y felicito. Por eso aspiro a que sean punto de partida para una reflexión de los próximos diez. Que en las fórmulas políticas que nos toca construir y las variables que tendremos que combinar para el bienestar de los peruanos, seamos siempre consientes que así de inconmensurable y trascendental, el amor es una constante.

Lima, 12 de junio de 2010.